

Una mirada benevolente sobre el mundo.
A propósito de *La noche en arras*, de Agustín Pérez Leal

Jesús Párraga Serrano
(jparragaserrano@gmail.com)

VALENCIA

Resumen

La noche en arras (2006), poemario de Agustín Pérez Leal, se inserta en la corriente simbolista que indaga la esencialidad del mundo desde el rigor poético y la certeza del carácter signifiicante de la realidad, a través de una mirada ávida de bondades.

Abstract

La noche en arras (2006), by Agustín Pérez Leal, is part of the symbolist trend that explores the essence of the world from the poetic accuracy and the certainty of significant nature of reality through an eager look of kindness.

Palabras clave

Agustín Pérez Leal
Poesía española del siglo XX
Simbolismo

Key words

Agustín Pérez Leal
20th Century Spanish poetry
Symbolism

AnMal Electrónica 36 (2014)
ISSN 1697-4239

Además de inevitables, los prejuicios son muy convenientes. Sobre todo a la hora de leer y, más aún, a la hora de leer versos: funcionan los prejuicios como una especie de hipótesis, como un marco de referencias en el que encajar (aunque sea a martillazos) los poemas. Afortunadamente hay veces en las que el *apriori* hipotético se ve desmentido por la experiencia. Así en la lectura de *La noche en arras* (2006), libro por el que Agustín Pérez Leal (Teruel, 1965) fue reconocido con el Premio internacional de poesía «Gerardo Diego».

Agustín Pérez Leal, licenciado en Filología por la Universidad de Zaragoza y profesor de Educación Secundaria en un instituto de Alicante, ha publicado, en la editorial valenciana Pre-Textos, *Cuarto Cuaderno o Libro de Siberia* (2001) y el poemario que aquí revisaré. Poemas suyos figuran en las antologías *Orfeo XXI* (Gijón, Libros del Pexe, 2005), *Jóvenes poetas españoles* (México D.F., La Jornada, 2007), *La geometría y el ensueño* (Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2013) y *Vida callada*

(Valencia, Pre-Textos, 2013). Asimismo, colabora a menudo con reseñas sobre poesía en la revista turolense [Turia](#).

Vuelvo al asunto inicial. Más o menos el juicio previo (mi *pre-juicio*) con que encaré *La noche en arras* vendría a ser: «¡Otro libro de nocturnidad y sordidez!, ¡otro rosario de soledades, de bares oscuros y amores etílicos!». Es un prejuicio fuerte que cede apenas vista la caracterización de «la noche» como prenda de un contrato íntimo. A alguien se le ofrece la noche «en arras», pero ese alguien es, como aclara la dedicatoria, «vivo sol azul de agosto»; y hete aquí que en un libro de título nocturnal apenas aparece la noche en un par de ocasiones y como alusión de velada intimidad:

mientras se duerme el mundo una vez más,
voy a barrer la noche del balcón.

La noche
vela por ti y por mí...

Lo demás es del dominio de la luz. Luz que se despliega en todos los soles del día:

...y a los primeros
rayos de sol azul...

en los pocos minutos que usa el sol
para venir a plomo sobre el mundo

los minutos
de oscuro sol que quedan...

Y luz que comparte con el *agua* gran parte del protagonismo del poemario, hasta el punto de confundirse —«de la luz hecha agua»— en una sola cosa:

...y las manos bien claras y precisas:
como si las mirara bajo el agua.
Con un torpe ademán
me las lavo en la luz, sin darme cuenta.

Maridaje diurno de agua y luz no menos íntimo que aquel otro por el que la noche vela y que soporta toda la arquitectura de *La noche en arras* en dos poemas emblemáticos. Uno es «La alberca»:

Con los primeros soles de febrero
quiero limpiar la alberca,
vaciarla una noche y rastrillar
las paredes azules, verdinosas,
y el suelo negro y tibio, recubierto
de limo, hojas podridas, excrementos,
restos de insectos, pajarillos
muertos. Quiero llenarla
de agua limpia otra vez
y esperar que remanse.
Quiero dejar que el sol la fertilice,
verla llena de niños en agosto,
usarla para el riego.

Quiero morir ahogado en ella un día.

El otro es «El lavadero»:

Como en aquella vieja
piscina de la prueba, entran aquí
las camisas grasientas,
los turbios pantalones manoseados,
las sábanas cansadas, los pañales,
y emergen luego sólidos de luz,
ingrávidos al sol, resucitados.

Como se recuperan de sus llagas,
así recobra el agua su dulzura
de noche en calma
y amanece más limpia
después de la refriega.

En la página en blanco
una marca de agua.
Así el poema.

También sueñan ser salvas las palabras.

La densidad simbólica de estos versos requeriría un análisis más minucioso. Baste, para el objeto de estas líneas, señalar la conjunción de significados de lo que es útero y sepulcro, fertilidad, limpieza, vida, muerte y resurrección en el agua y en la luz. Más allá de las referencias culturales cristianas, algunas palabras aspiran a ser la *poética* del libro. Y toda poética es también una declaración ética. Que, si es posible, hay que explicitar.

El oficio de poeta es una forma de ese *existenciar* que consiste en hacerse cargo de sí mismo en la cotidianeidad del trato con el mundo:

Ya
no sé
si este brillo que veo
es de sol que remonta
o es de palabra.

En ese trato, limpiar la alberca, pulir unos versos —«Me llega el alba. Estoy / puliendo un verso»—, trabajar la tierra, cuidar el huerto, vienen a ser la misma labor:

Yo conozco la tierra que labré:
igual en todas partes. Yo la traje
toda de junto al río. Es
la misma tierra
con agua igual
[...]
Me arrodillo a regar
y escribir con el agua.
[...]
No procuro entender
ni explicarme el prodigio.

«No procuro entender / ni explicarme el prodigio». Bien está: el poeta tiene ese derecho. Pero el crítico, siquiera sea de afición, tiene el deber, precisamente, de explicar el *prodigio*. En este caso, dar cuenta de la naturaleza del mester del poeta. Para ello convienen otros prejuicios en forma de etiquetas y clasificaciones literarias. Pero no hace al caso, pues no domino la jerga, y además no me parece necesaria: con matices y escuelas circunstanciales, más o menos afortunadas, la única práctica poética posible en nuestra *contemporaneidad*, ya tan larga, es la simbolista. En un mundo que ha convertido la pregunta lyotardiana «para qué sirve» en *la pregunta*; en un mundo en que, desaparecida definitivamente cualquier comunidad de significados simbólicos y ante la evidente abdicación de la razón para dar cuenta de la realidad, en un mundo de individuos atomizados y perplejos, sólo la indagación por el *sentido* puede sustentar la labor poética. Al menos en aquella poesía que se concibe a sí misma con algo de cordura. Difícilmente puede explicarse mejor que en el poema «Un ermitaño»:

Si procuro vivir,
si me esfuerzo en saberme y ser vivido,
y he abierto las ventanas
a las cuatro estaciones,
y he dado de beber a la serpiente;

si casi siempre intento la medida,
la palabra en su fiel y la plumada
quieta en su descender;

el trabajo completo,
la franqueza,

y busco el agua fresca, y busco el pan
y el sueño
y el ocaso y la aurora con paciencia,

y procuro estar limpio
y canto
y lloro,

¿qué me quieres decir con tanta nieve?

Una vez desaparecidos la gramática de una simbología comunitaria (en la remota poesía popular) y el intento, con fecha de caducidad, de racionalizar silogísticamente los versos, desde hace ya casi un par de siglos es al poeta buscador de significados a quien compete la construcción de la realidad: «¿qué me quieres decir [...]?», esto es, «¿qué significa?», es la pregunta poética pertinente.

El hombre común ve la realidad de acuerdo con dos parámetros: cuál es el *valor de uso* de esta cosa, cuál es su *valor de cambio*. El poeta no acata esta medida y acude a una *correspondance* más real, si se quiere más esencial: *qué significa esto*. Lo que realiza las cosas, lo que las convierte en reales, no es su uso o su precio sino su cualidad de *signo*. El simbolismo es, de hecho, lo que Husserl llamaba una suspensión del juicio de realidad sobre las cosas, un intento de ir «a las cosas mismas», a su esencia en tanto que signo: una alberca *sirve* para contener agua y bañarse en ella, y *sirve* también para regar y *cuesta* tanto trabajo hacerla y ese trabajo se puede medir en un salario. Pero una alberca **es** aquello que simboliza. La suspensión del juicio sobre la realidad de las cosas supone el trabajo de limpiarlas de las adherencias del uso cotidiano (mediante técnica y esfuerzo y oficio) para rescatarlas de la sintaxis del mundo a la busca de su esencia. Pero eso, en última instancia (Claudio Rodríguez lo sabía) *es un don, viene del cielo*.

He aquí que necesitamos al poeta para que dote de realidad a lo que sólo tiene utilidad o precio. El poeta necesario es aquel que nos redime de nuestra condición asignica. Y creo que Agustín Pérez Leal pertenece a esa raza, cuyo trabajo (de poeta, labrador, ermitaño, paseante) sobre los nombres del mundo ilumina las cosas, desvela, como quiere la palabra griega *aletheia*, su ser.

Y sin embargo... el prodigio permanece. Porque no es lo mismo mirar cómo la oscuridad de la lluvia y las nubes dan paso al rojizo atardecer, que *desvelar* ese hecho como

Ahora escampa: se abre
el cielo, una granada en desazón.

No es lo mismo, digo, que contemplar el sol poniente y motejarlo de «espléndida joroba de la tarde», como leí hace tiempo en un *poeta*. Hay poetas y

poetas, por supuesto, pero quiero pensar que el genio personal tiene también algo que ver con la disposición a aceptar ese don que viene del cielo:

a lo oscuro me vengo a abandonar.

Vengan a ella el frío boreal,
el huracán de múrice, la brisa
vespertina o el implacable fuego,

«A lo oscuro me vengo a abandonar»... Al principio comenté, de pasada, el fondo cristiano de la simbología de *La noche en arras*, una tierra, me parece, propicia para acoger el don de desvelar lo real, no sujeta a ortodoxias y códigos, sino a cierto misticismo cordial:

El corazón es uno de esos pájaros
que ocultan con sus trinos el pinar.
Sólo uno más.

En mis pulmones llenos de raíces
anida el petirrojo cada año.
Canto, y se canta él solo;
me oyes y le escuchas trajinar.

algún día
avena loca voy
a ser, que el labrador
con infinitos
cuidados y en silencio
arranca de raíz.

Es esa disposición del alma la que da cobijo al genio:

Es tiempo de ara y tiempo de cosecha:
los objetos me apoyan
y las cosas se ponen de mi parte.

Sería prolijo (y no me siento competente para ello) ahondar en los referentes éticos y estéticos a quienes explícitamente se acoge el poeta (Margarita Porete, Simone Weil, Mark Rothko, Juan Taulero, Rainer Maria Rilke, Ósip Mandelshtam), pero la interpretación que aquí se da de los versos de Agustín Pérez Leal creo que no los contradice: una mirada benevolente sobre el mundo, capaz de desvelar la esencia de las cosas, sólo es posible desde un alma que admite, que se entrega, a la magnífica sentencia:

lo que sacia es la voz
derramada, gustada
—aquí habla sola Amor—
y hecha palabra.